

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO:

## *Entre dos aguas*

Eider Barandiaran Gallego

Me ha dicho mi nieta mayor que me parezco mucho a mi nieto en la foto que tenemos en blanco y negro encima de la mesa del salón. Llevo unos pantalones cortos, planchados con la raya en medio como se llevaba en Francia, los cuellos de la camisa por fuera del jersey; es la ropa de domingo. Y a pesar de la vestimenta mis rodillas están llenas de costras y los zapatos rotos; después del accidente de nuestro padre no hubo dinero para más. Yo solo había visto a mis abuelos una vez, imposible saber si me parecía a ellos, pero eso es otro tema, supongo. Miro a mi nieto jugando a las cartas en el comedor. No, no me parezco a él, yo no tenía los ojos así de dormidos y mucho menos cuando me hicieron esa foto.

Mi madre nos había vestido a todos así un día entre semana, solo para la foto. Yo odiaba cómo me quedaba todo aquello. Ya a esa edad era consciente de que no me pertenecía, no nos correspondía a nosotros llevar esa ropa. Ella nos hacía retratos que no tenían contexto, ni fondo; en los retratos no se podía adivinar sus lágrimas nocturnas ni la pared agrietada del salón.

Vinieron a por mí un domingo, pero ese día no llevaba los pantalones planchados con el pliegue al estilo francés ni tampoco los cuellos por fuera del jersey; iba en pijama y era tarde. Inmediatamente asumí que nuestra madre volvía a estar demasiado débil para levantarse de la cama aunque, más tarde, los ruidos de la cocina me revelarían que estaba despierta. Enseguida me alcanzó el olor a café también, estaba de buen humor, solo hacía café cuando lo estaba. La recordaré así, como una mujer hermosa y sonriente, la recordaré con olor a café de domingo. La recordaré así para no hacerme daño, solo por

eso.

Pienso mucho en ese momento de mi vida. No hubo misa aquel domingo, tampoco comimos conejo. Ese día estuvieron ellos y la radio encendida de fondo. No llovía, pero llevaba días haciéndolo y el suelo todavía no se había despegado del olor a humedad. Yo, en mi recuerdo, pintaré lluvia y diré que no hubo lágrimas. Ni lágrimas, ni despedidas, ni respuestas. Estuvo el tren, y el muchacho del tren; el que os habla hoy es ese muchacho, la historia la cuenta él, no yo, él tiene la memoria joven todavía. Habla él porque me gusta esa imagen, me gustó en ese momento de mi vida; pequeño, diminuto, reventado de miedo y de hambre. Sin duda es como mejor me recuerdo, a pesar de que mi madre no sacó un retrato de falso domingo de ese instante.

Hay otra foto cerca del retrato que mi nieta mira, es una foto de grupo, nadie le ha prestado atención, pero yo llevo un rato observándola; somos todos los niños del Colegio San Patricio, con nuestros uniformes empolvados y embarrados, de pie en fila, con nuestras medias sonrisas, la mayoría faltos de dientes de leche. Repaso fila por fila a cada uno de los presentes en la foto, consigo recordar muy pocos nombres. No tuve relación de amistad con ninguno de ellos, no verdadera por lo menos. Ninguno de ellos preguntó por mí cuando me llevaron, ninguno hizo ningún comentario, simplemente un día dejé de aparecer. Eran relaciones infantiles, la soledad no se nos curaba estando juntos, pero se nos olvidaba. Nadie decía palabra, pero todos entendíamos.

No lloré aquella mañana, no sé si fue por el miedo que me paralizó y que me paralizaría los siguientes quince años o fue el frío el que tuvo la culpa, nunca me gustó que se me congelaran las lágrimas. No fui el centro de atención en aquel vagón, la guerra había llenado de ojeras a todos los adultos, los había llenado de angustia, de insultos y de odio. Papá volvió lleno de angustia de los montes también, la guerra se lo devolvió a mi madre ebrio de ron y sin pistas de lo que su amor había sido. La guerra le devolvió a un hombre que ella no había visto marchar.

Me recogieron en la estación dos mujeres a las cuales no se les veían los tobillos, tampoco se les veía el pelo; durante años tampoco fui capaz de distinguir sus rostros. No dijeron palabra y me agarraron muy fuerte de las

manos. Recuerdo el camino hacia el orfanato más de lo que recordaré mi estancia en él. Pasamos por lo que más tarde identificaría como el otro lado del río Arga. En algún momento durante mi camino debimos de cruzarlo y la calle Mayor se mostró delante nuestra, larga y oscura. El hambre ya se había comido lo poco que quedaba de mí. La monja más alta abrió por primera vez la boca para protestar sobre lo mucho que arrastraba los pies al andar y lo lento que nos estaba haciendo ir aquello. En un futuro protestarían mucho más sobre mis actitudes, pero lo harían en otro tono. Supongo que fueron las ventajas del dinero que empezó a mandar mi hermana días más tarde, de procedencia desconocida. Siempre con una carta en la que especificaba que yo me quedara una peseta del botín y que lo que restaba era para la Providencia.

Esa peseta la ahorraba, hasta que mi cajón se atascó de monedas. Empecé a esconderlas por todas partes: las dejaba debajo de mi cojín del asiento del comedor, las metí entre el canapé y el colchón hasta que empezó a resultar incómodo descansar allí, todo mi alrededor se llenó de monedas de una peseta. Cuando ya fueron demasiadas me las empecé a meter en los bolsillos de los pantalones. Cuando caminaba y se me caían sonaban como campanillas, así iba dejando rastros de monedas. Los niños empezaron a llamarme cascabel y todos me miraban al pasar. Esos meses fui un musical, hasta que un día mi hermana dejó de mandar el dinero. Ese sería el último contacto que tendría con ella.

En las camas del orfanato el silencio me despertaba noche sí y noche también. A veces me despertaba sonámbulo y gritaba sentado al borde de la cama. Este comportamiento a menudo me tenía castigado durante días. Según me habían contado mis compañeros, cuando chillaba decía el nombre de una mujer, pero nunca conseguían recordar su nombre. No sería hasta años más tarde, una mañana de reencuentro fortuito con mis compañeros de castigos, cuando uno de estos me revelaría el nombre de la mujer que chillaba desesperadamente de niño. Milagros, chillaba Milagros. Después de recordar esto, él no volvería a recordar nada más y yo tampoco volvería a verle.

Mi padre trabajaba en una empresa, pero él no era empresario, para nada. Trabajó haciendo tornillos, pero eso fue después de la guerra, claro. Crecí creyendo que no tenía padre, que no existía. Tampoco que había muerto, o

que nos había abandonado, simplemente ignoré esa figura, hasta que un día mi madre nos plantó en el salón de casa después de habernos bañado y vestido con la ropa de domingo, todos en fila, a mis hermanas y a mí. Se sentó y terminó las últimas puntadas del bordado que estaba haciendo para el pequeño ajuar de nuestra hermana la mayor, que pronto la edad y la época roja se la llevaría lejos de casa. Entonces nos explicó que la guerra había acabado, que nuestro padre bajaba de las montañas tras haber estado escondido años. Pregunté si se quedaría a vivir con nosotros. Mi madre suspiró y respondió que por supuesto que sí, y que a partir de ahora lo llamaríamos papá.

Nunca había sentido tanto frío como en aquel tren, el pensamiento me inundó la mente y no pude pensar en otra cosa. Me iba consumiendo, primero intenté calentarme, pero luego me di cuenta; no se puede combatir frío con más frío. Una punzada. Dos punzadas. Tres punzadas. Cada vez que el frío me daba un pinchazo lo contaba, hacía palitos mentales, hasta que llegué a la cifra cien; nunca había pasado aquella cifra, así que durante el resto del viaje hice formas abstractas con el frío. Hasta que todo empezó a dolerme demasiado y no fui capaz de llevar a cabo la cuenta. Empezó a dolerme más que el llanto de mi madre, mucho más que las bofetadas de papá.

Había un armario en el comedor de la Providencia donde se guardaban los regalos que las familias mandaban a sus hijos. Yo nunca tuve nada con mi nombre en aquel armario. Cuando el insomnio me podía en los pabellones encamados recurría a ese armario. Desenvolvía, sacaba, mordía, rompía. No tenía motivos para hacerlo, y eso me parecía lo mejor. Tras eso nunca tenía problemas para conciliar el sueño. Lo dejaba todo allí, esparcido por el suelo, provocando a la mañana siguiente el enfado de las monjas y el malestar de los niños. Yo miraba impasible esta reacción, no tenía motivos para arrepentirme, tampoco los tenía para disimular, no había sido yo, me sentía libre de culpa.

Una de aquellas noches de nerviosismo mi cuerpo nocturno se levantó para bajar al comedor, pero un ruido dejó mi objetivo principal en segundo plano. Miré durante más tiempo del que me gustaría. Eran dos de ellas, a ambas se les veían los tobillos. Y a pesar de que creía que había dolor en el acto, luego entendí que había falta completa de este, el goce de la acción era inmediato. Continué observando desde el marco de la puerta hasta que sus ojos se expandieron por toda la cara y me miraron sin moverse. Ahogaron un grito

distinto a los anteriores. No hice esfuerzo por entender. Esa noche me dormí inquieto, tenía miedo de que me descubrieran como el acechador del armario nocturno.

Papá estuvo días en la cama, tiempo que se convirtió en semanas. Tenía la tarea de quedarme con él todas las tardes desde que mamá partía al pueblo más cercano hasta que se ponía el sol. Me miraba fijamente durante horas, sin hacerlo realmente. Si se dormía despertaba entre sudores y en ninguno de los casos decía palabra. Hasta que aquella tarde me senté en la silla que estaba cerca de la cama, pero esta vez la cama estaba vacía. Cuando se puso el sol y tras haber subido con dificultad las escaleras, él llegó a la habitación. Acercó mucho su cara a la mía, sentí cómo me subía la bilis por la garganta mientras me expulsaba con agresividad de la silla en la que llevaba sentado toda la tarde esperándolo.

Pasé esa noche metido debajo de mi cama, escuchando los gritos de mi madre, los golpes secos y los gemidos de mi padre. Los escuché, llorando toda la noche. No me di cuenta de mis lágrimas hasta que toqué mi camiseta empapada y empecé a sentir la baldosa mojada en mis pies. Las noches de gritos y golpes se repetían cada vez que mi padre llegaba tras ponerse el sol. Años más tarde supe que no era él el que actuaba, era el ron, el mismo ron que lo mataría tiempo después.

No volví a acercarme al aparador del comedor de la Providencia. Como recompensa, una de las mujeres sin rostro empezó a darme premios que no me merecía. Empecé a ser el monaguillo de las misas más importantes, me dejaban salir a mandar las cartas e incluso había días en los que llegué a repetir plato en el comedor. Ella empezó a ducharme separado de los demás niños. Me repetía muchas veces que era para ayudarme a hacerlo, ella quería asegurarse de que yo estaba muy limpio. Me dejaba desnudo en el cuarto de libros, me observaba durante largos minutos, hasta que muchas veces se acercaba a mí y me tocaba, yo la miraba en silencio, escuchando su respiración agitada. Un día me daría cuenta que la respiración agitada era mía y no la suya. Un día me daría cuenta de que todo lo que en aquel cuarto de libros sucedió fue un gran pecado.

Las lecciones que no queríamos entender nos las explicó la guerra, a la fuerza. Una mañana desperté con gritos de piedad y de terror. Una mañana me desperté con sangre en la mesa del comedor. Ellos debieron de pensar que no estaba en la casa, o así les hizo creer mi madre por lo menos; que estaban solos, que no había niños en la casa, solo mi marido y yo. Aquella mañana los hombres sin rostro me atraparon bajando por las escaleras y me hicieron presenciar cómo le cortaban la mano a mi padre. Así aprenderás, agarra a la mujer todo lo fuerte que puedas, que no aparte la vista, sienta al niño en la silla y que mire también. Yo no diría palabra mientras lo hacían, ni tampoco volvería a abrir la boca en lo quedaba de Navidades.

Los días festivos las mujeres sin rostro empezaron a despertarme más pronto de lo habitual, me llevaban a pueblos, a iglesias que no eran la nuestra. No solía querer ir y me revolvía como el niño mimado que no era. Luego cantábamos, en el coro me colocaban en medio y sonaba cuando los demás no lo hacían. Fue uno de esos festivos cuando la lluvia me debió de contagiar alguna enfermedad. Después de ese día me pasé mucho tiempo en la cama, tanto que perdí la cuenta de los días. Ya no volverá, ya no va a volver, repetían ellas al borde de mi cama mientras me cambiaban el paño mojado de la frente, ya no volverá tu voz angelical.

Me despertaba entre sudores y, aunque sentía que tenía los ojos abiertos, muchas veces me creía ciego, nunca llegué a saber si la fiebre me impedía ver o era la oscuridad a la que nunca me acostumbraba. A veces me levantaba buscando un metal, agua o cualquier objeto frío que me aliviara. Pero lo peor sucedió aquella noche de calor, de mucho calor navideño. Y entonces lo vi, era enorme, grande, rojo, hacía que se me cerraran los ojos y que me ardiera el cerebro. Era malo, era peor que malo. Empecé a ahogarme, me ahogaba porque hasta que no lo matara se me iba a atragantar en la garganta. Todo me daba vueltas y mi mesilla de noche era enorme. Encima de ella estaba él, me sacaba la lengua y se alejaba y se acercaba a mi cuerpo en llamas mientras se reía. Me tapé los oídos y le grité, quería que se callara, que dejara de reírse de mí, pero no lo hacía. Sentí cómo las lágrimas caían ardiendo por mis mejillas, no lo soportaba.

Quería pedir ayuda. Pero no había nadie, no eran ellas las que estaban allí, eran otras más pequeñas. Eran tan pequeñas que se metían por la boca y salían por todos mis poros. Salían una por una, luego se aburrieron de esperar y

empezaron a rebosar en grupo. Me quemaban, me ardían la piel. Resonaban por todo mi cuerpo y me dolía cada vez más. Tenían que salvarme de él. Las mujeres sin rostro tenían que salvarme, tenían que salvarnos a los dos. Y venía, y ella gritaba, y cada vez era más grande y estaba más rojo. Estaba terriblemente asustado. Me temblaban los dedos de los pies y no sentía la cara. Si quería gritar, no podía. Nunca podía. Aquella noche la fiebre me hizo delirar, me dejó soñando con mi padre dándonos una paliza a mi madre y a mí, solo que aquello no fue una alucinación.

Después de la fiebre que me contagió la lluvia no volví a cantar en iglesias que no eran las nuestras, pero sí que ayudé en alguna misa por menos de una peseta. Tú cantabas allí, llevabas una coleta de caballo alta, no hablabas tanto como las demás, no paseabas por la plaza del Castillo buscando a alguien que no conocías, tú no. Allí, en aquel domingo de misa, me caí encima tuya y me miraste, tú me dijiste que lo hacías por primera vez, pero yo ya te conocía, ya te había visto antes. Me dijiste tu nombre, pero yo ya sabía cómo te llamabas. Te conocía sin hacerlo, sabía quién eras sin saberlo. Eras tú, eras la chica de mis pesadillas. Eras mi única y mejor pesadilla, Milagros, Milagros, eras tú. Llegaste en el mejor momento y te quedaste. No nos salvamos queriendo, fue sin querer, lo prometo. Tal vez te preguntas por qué ya me habías marcado la piel mucho antes de conocerte, quizás te preguntes por qué lo hiciste para toda la vida aquel día, y hoy sé que nunca te lo voy a poder explicar.

Antes de que me llevaran a Pamplona él nos abandonó, lo hizo entre lluvia, lo hizo entre tormenta. Ya estábamos avisados, todos sabíamos que se iba a ir. Muchos días antes papá entró con los ojos inyectados en rojo y con las consecuencias del accidente que le robaría la vida. El metal se abalanzó desde arriba y no fue capaz de pararlo. El ron les calló la boca a los gritos de sus compañeros, el ron le cerró los ojos y no vio venir el brillo del metal. El ron tampoco le dejó ver a la muerte llevándose, sin sorpresas ni trampas. Él nos rogó que no le permitiéramos ver cómo la muerte lo robaba de nuestro lado, no quería estar presente cuando llegara para hacerlo. Y así, por complacerlo por una última vez, mi madre lo mató con lo único que lo había mantenido vivo, lo mató con su único vicio. Murió ebrio de ron y sin decir palabra, tal y como había vivido.

Terminaste convenciéndome de cosas que no creía y que dije que nunca iba a creer. Me lo revolucionaste todo sin saberlo. Porque nunca lo supiste, no te lo dije. Como tantas otras cosas. Y esta noche de Navidad, rodeado de todo lo que hemos construido, te miro en la primera foto que nos sacaron delante de aquella iglesia por pura casualidad y me arrepiento de todo. De cómo nunca te dije te quiero, de cómo nunca te conté nada sobre la gente que se marchó de mi vida sin contármelo ni explicármelo. Y ahora miro cómo te has ido sin contármelo y mucho menos explicármelo. Tampoco podría entenderlo, pero quiero que hoy sepas, aunque sé que es tarde, que todo lo que no te dije, lo hice. Me salvaste veinte años tarde, pero cincuenta y cuatro pronto.